

den al pobre moro, acostumbrado ya á toda clase de atropellos desde el día de la toma hasta estos momentos históricos.

## VIII

## Málaga

Antes que amaneciera, salimos de Granada. Llevados por el tren, ese armatoste que precipita los hechos en el saco del recuerdo antes de tiempo, y convierte en algo lejano lo visto momentos antes, la ciudad árabe, en un instante de tren, quedó borrada en la niebla y perdida en último término.

El viajar trae consigo, tras el goce recibido, la nostalgia de dejar plantadas raíces de agradecimiento hacia aquello que fué causa de impresiones. Tras la rápida visión de la llegada, los ojos han escogido emociones; el corazón ha trabado simpatías y el choque de la campana que anuncia la marcha del tren deja en el ánimo un vacío, la sensación de haberse olvidado algo moral en el pueblo que se aleja detrás de las ventanillas.

Al marcharnos de Granada, sentimos como nunca esta vaga sensación en nuestro espíritu. Su hermosura recién gozada se extendía ya en el diorama del recuerdo; su callada tristeza era un despidote mate, disfumándose como una puesta de sol; su silueta desfilaba confusa en la memoria, que borra

los perfiles y conserva sólo las sombras; los cármenes, la Alhambra, el Generalife, sus ríos de plata y sus ocasos de oro, eran sueños interrumpidos, visiones perdiéndose allá en el último término.

Dejábamos Granada, y un doloroso presentimiento nos decía que esa artística ciudad, que huía detrás de nosotros, iría desapareciendo poco á poco del mapa pintoresco de los pueblos; que iría dejando su suntuoso traje antiguo, para vestirse prendas nuevas; que sus cármenes, de verde y descuidada y espléndida cabellera, se trocarían en jardincitos á la inglesa ó en solares ruinosos; que sus calles misteriosas morirían deslumbradas por la luz de anchas é insípidas reformas; que los patios se hundirían sobre sus tenues dibujos y que, cada día, cada instante que tardáramos en volver á ver sus muros, sería un desengaño artístico para los ojos de artista, y un triunfo demoledor para los tontos egoístas que ponen el arte en sus patas.

Esto pensando, andábamos en un tren abigarrado y, al parecer, aventurero, compuesto de vagones de todas formas habidas y procedencias extrañas, pintado con colores mejicanos y repartido en las tres clases, viniendo en él, como viviente recuerdo de la ciudad que dejábamos, la compañía que representó la « Toma ».

Trasladábase á Málaga, y nada más típico que un tren de cómicos cansados y soñolientos. Los que poco antes iban vestidos de oro, calzando corona y empuñando espada y alfanje, veíaseles por los rincones, envueltos en mantas listadas y chales de dama joven; la brillantez del escenario trocábase en palidez producida por el pálido farol colgado

y vacilante en el nicho del vagón, iluminando vagamente aquellas caras desteñidas; trocábanse los sonos de la orquesta y los clarines en el monótono y soñoliento traqueteo; y el público entusiasmado, en las voces plañideras de los mozos de estación, lanzadas al vacío y perdiéndose de un modo triste en la niebla de la naciente mañana.

Llegada ésta, aún fué más violento el contraste, á la clara luz del día. El antes rey Fernando, el vencedor de Granada, via jaba en segunda clase, roncando los goces de la victoria. Tarfe, el vencido y decapitado, iba en primera con pavelo y botinas de charol; iban unidos Celima y Garcilaso, dejando pasadas equivocaciones y dejando al del Pulgar y al de Cabra y otros invictos guerreros durmiendo en sus compartimientos; las damas de la corte amontonábanse en tercera, y de todos los rincones del tren salían lloriqueos de infantes envueltos en sendos pañales. Veíanse caras medio despiertas como espantadas á la luz del aire libre, arrugas mal despintadas, escorzos de hombre tendidos entre paquetes, todo un tren transportando una alegría apagada, un espectáculo muerto, un reino caído de otros tiempos, volviendo á la mísera realidad del traqueteo moderno.

Con él y con ellos, nos internamos en pleno corazón de la llanura. Pronto dejamos la vega, pasamos unos picachos, blancos pueblecitos reclinados en extensísimas laderas, un río lanzándose por tenebroso barranco cortado á pico, y ensanchóse el horizonte, y acabáronse las montañas. Allí estaba la Andalucía productiva, la rica Andalucía, que manda sus dulces frutos á los ámbitos del mundo,

el suelo privilegiado. Allí, los olivos marchando en fila á través de las laderas, bajando en los barrancos, y perdiéndose su nota gris plateada en el último confín del horizonte; allí los valles, llenos de bolas de cadmium, como lluvia de oro mate, destacando con el verde de los bruñidos naranjos; allí, la caña de azúcar, extendida, los pálidos limones, la palmera y el plátano, brotando espontáneamente; allí, un paisaje americano, pecando por demasiado alegre; allí un cielo sin manchas, un cielo que pide nubes que distraigan su plácida calma inmutable, y allí, la inmensa llanura, extendida hasta las costas de Málaga.

Hasta ella llegamos, como se llega hoy día á todas partes, bajando baúles, pasando por los consumos, molestados por los fondistas, acosados por los mozos de la carga y viceversa, que no dejan sosegar al viajero. Subimos á un coche de verano, y sin pérdida de tiempo corrimos calles y más calles, queriendo tener una impresión de llegada, para luego detenernos, si así lo juzgábamos útil.

¡Ay! Muy pronto presentimos que una vez alabado el clima (que es espléndido, y hasta reñido por lo bueno con las reglas naturales) y ponderada su situación geográfica (que me aseguran que es magnífica), muy poco tendría de interesante esta ciudad para los goces estéticos. Se entra en Málaga por arrabales industriales, con sus manchas de carbón, sus depósitos de guano, sus baches consiguientes en el suelo y sus depósitos turbios en casas bajas y feas, parecidas á cualquier arrabal de cualquier parte; se pasa por callejones urbanos limpios, pintados con colores claros, arregladitos de aceras y faroles, em-

pedrados correctamente, teniendo como único atractivo el forastero, las innumerables tribunas de formas artísticas y caprichosas, por las que asoman de vez en cuando ojazos negros y hermosos, de esos que tan pródiga es la pródiga Andalucía; se cruza alguna plaza uniforme, con su fuente de fundición en el centro, su luz eléctrica á los lados y los hilos telefónicos en lo alto; se admira una alameda ancha y bien arbolada, con todos los adelantos modernos aplicados á las ramblas; y crúcese por donde se quiera, sálgase por donde se salga, éntrese por donde se entre, se va á parar sin remisión á la calle del señor Marqués de Larios, centro y orgullo de todos los malagueños.

Es la tal calle hermosa en el sentido cosmopolita, ancha, regular, uniforme y cortada con una rectitud pasmosa; es una calle tan calle como cualquierá del ensanche de Barcelona, con su misma arrogancia y frialdad y entarugada con precisión y buen corte; gasta faroles de mucha expansión y esparcimiento; tiene tiendas lujosas de sederías, lanerías y novedades de otras partes; casinos muy bien decorados con cuadros de buenas firmas; municipales de punto en su punto correspondiente; pero ¡ ay ! no tiene ni un asomo de carácter de la hermosa Andalucía, ni un destello de inventiva, ni un rayo de novedad; es la calle veintidós, manzana ocho de Nueva York ó Chicago; una calle que pudiera estar en Burdeos ó en el Havre ó en Milán ó en otra ciudad cualquiera; una calle unificada é incluida en el álbum del ingeniero práctico.

Saliendo de ella, las demás son vías que procuran imitarla. Algunas, quizás á pesar suyo, estrechas y

modestas y replegadas en sí mismas, conservan aún sus aleros decorados, resguardando la frente de las casas, sus balcones graciosamente ondulados, sus ventanas convertidas en jardines, sus puertas con clavos forjados y visagras retorcidas, y sus patios, ese íntimo recuerdo heredado de los árabes; pero de ellas, con gran pesar de los pintores malagueños, la línea estética va huyendo poquito á poco, y no es ya el presentimiento sentido, al alejarnos de Granada, de que se borre de la carta pintoresca de los pueblos; aquí es la ingrata realidad, hecha obra, por obra y gracia de la ley niveladora que se sufre en todas partes, donde el gusto no reacciona, buscando la belleza propia en los mismos elementos que lega la tradición, modernizándoles con el tacto de un puro sentido artístico.

Siguiendo siempre á la ventura, y no juzgando más que las líneas exteriores, llegamos á un barrio extremo, de especialísimo carácter. No sé por qué, recordónos las vistas de América que estos días publican con profusión los periódicos. Las casas, con su igualdad aterradora, con sus idénticas puertas y sus simétricas ventanas, niveladas sobre el primer piso, con instrumento cortante de siluetas, parecíanos manzanas de Ganajuato, de la Habana ó de Chinarinde; los paseos con palmeras y las plazas con plátanos dentro una verja, plazas de armas de Guanabacoa ó de Matanzas; las iglesias platerescas, sin pátina ni abolengo ni sello de antigüedad, con su palmera inclinada sobre el pórtico y las plantas tropicales meciéndose bajo el cielo azul, misiones de frailes de Santa Fe de Bogotá ó Cochinilla ú otra ciudad cualquiera de esa América de cromó

que llega hasta nuestras manos ; y casi todo el barrio aquel parecíanos un barrio de ciudad naciente, un barrio que denota riqueza administrativa, que progresa en sentido de interés material, pero en el cual no han de buscarse estéticas admiraciones ni conatos de belleza.

Atravesando aquella pequeña América y dando la vuelta á una montaña, encontramos un cementerio protestante, que completó la ilusión de hallarnos lejos de España. Es un cementerio inglés en un jardín. Debajo de árboles exóticos, plantas de ancha hoja y dibujo tropical, y rodeadas de flores que sólo habíamos visto á través de invernaderos ó en dibujos japoneses, las tumbas se destacaban formadas por blancos mariscos. Aquellas lápidas con apellidos del Norte, plantadas entre arbustos del país del sol, trasladábannos á extrañas tierras donde llegan solamente exploradores ; perecíannos tumbas de marinos naufragados en una costa lejana, monumentos publicados en *La vuelta al mundo*, tomados de croquis de atrevidos viajeros ; cementerio de una colonia, produciéndonos la sensación de que éramos extranjeros vagando en una isla ignorada.

Salimos de aquel risueño oasis de la muerte y vimos cambiar el decorado. Siguiendo un camino que conduce al puerto y ladeando una montaña, se entra otra vez en Málaga, que trepa por una cuesta formando un conjunto pintoresco ; y allí, en la cima, inclinado hacia un lado como un calañés cubriendo la frente del monte, está la antigua Alcazaba, los únicos restos visibles que se conservan del dominio de los moros.

¡ Pobres ruínas ! Aridas, amarillentas y gastadas, sin el abrigo de la yedra ni el consuelo de una planta, van cayendo lentamente y secándose bajo el sol. Ruínas pobres, oliendo á rancho y á cuartel, rodeadas de basura, de paredones caídos, de retazos de miseria, pieles de naranja y cacahuetes ; de chumberas podridas con el tronco arruinado, de glacis sirviendo de prado sin hierba á cabras sucias y flacas y de cama á soldados dormitando ; parecen ruínas abandonadas del cielo y pisadas por un pueblo indiferente. En sus tapias, que descienden hasta Málaga, sécase la ropa blanca, postes telegráficos las cruzan, y poco á poco van borrándose en la aridez de la montaña, van confundiéndose con su mismo color de ocre y bajando hacia el mar que las espera.

Allí está, bajo sus pies, bañando la ciudad moderna, bajo un cielo de un azul de Andalucía. Su vista distrae de las miserias y ruínas y renueva recuerdos queridos llevados al oído con su voz majestuosa. Extendida sin confines, teñida de esmeralda y rizada de blancas líneas de plata, camina lentamente, entra en el puerto, se duerme debajo del faro, y allí refleja en su fondo la ciudad, que aunque vestida con tristes hechuras nuevas, es allí al pie del mar, bañada y dichosa, esa Málaga la bella tan cantada por la tradición del pueblo.